

Tanguedia

Cenedith Herrera Atehortúa

Historiador, hacedor de ficciones, cenedith@yahoo.es

A la memoria de Ástor Piazzolla, por inspirarla

—Tomá una hoja de papel en blanco —le dijo— y tratá de escribirle unas líneas. Yo me tomaré el trabajo de buscar una oficina postal —“si es que existen”, pensó— para enviarla.

Le pidió que escribiera una carta. Allí debía relatarle, en escasas líneas, que la vida, desde aquel día lejano apenas abocetado ya en un calendario antiguo, no había sido tan miserable como había vaticinado su baraja aquella lluviosa noche de junio, en la que el calor cuarteaba la piel como nunca y el viento apenas si alcanzaba a abanicar el aire.

La mujer vivía en la Calle de Los Paseantes, nombrada así por una jugarreta, por crueldad de las palabras: paseaban, sí, en aquella calle, pero hacia el otro mundo. Aires de arrabal y malevaje llenaban el espacio de aquel agostado lugar en el que, al parecer desde siempre, aquella mujer leía el destino signado en los arcanos. Se decía a sí misma oráculo del mundo, ojo de los dioses.

Y no es que leerse la suerte estuviera bien visto. Ya desde el púlpito se condenaba a la hoguera a quien se atreviera siquiera a ofrecer cualquier predicción; oficios como esos eran casi tan antiguos y señalados como el de las putas. No, nadie tenía porqué saber qué cosa le deparaba el futuro y, sin embargo, mujeres como ella —sin importar que el fuego se les viniese encima— estaban siempre a la orden del día, con sus profecías frescas y con los bolsillos ajenos prontos a darle sus monedas.

—Mirá, ¿qué cosa me ves?, te he dicho ya que tomés una hoja. Escribible. Contale.

Adentro, sonaba un bandoneón. La Calle de Los Paseantes sonaba a la misma melodía, en tanto la mujer apuraba los restos de un licor barato —no estaba el champán para la copa— y buscaba, de tanto en tanto, su propio rostro en la luna del espejo.

—No está el champán para la copa —se dijo— y no está este rostro para ningún carmín. Afuera agoniza ya la tarde y nadie quiere saber del porvenir. Se vive tan rápido en estos tiempos que parece que ya nadie necesita del conteo del reloj. Da lo mismo si es mañana, hoy o pasado mañana: la vida es ahora, dicen, y ya ni la muerte se toma el trabajo de buscarles.

—¿Qué, no escribís la carta? Ella vive en la misma calle y vos lo sabés; a esa dirección debés dirigirla. Si me querés, como lo decís, escribible la carta a la malandra esa, para que sepa de una vez por todas que te morís por mí y que ella bien puede tragarse su baraja entera y pasarla con ese trago baladí que envenena su garganta, porque solo eso sale de su boca y no es más que un pajarraco de mal agüero, al que se le destiñen las plumas.

Adentro, sonaba un bandoneón. La Calle de Los Paseantes sonaba a la misma melodía, en tanto la mujer apuraba los restos de un licor barato —no estaba el champán para la copa— y buscaba, de tanto en tanto, su propio rostro en la luna del espejo. Pero no era su rostro el que veía: un hombre le pedía, con insistencia, que se escribiera una carta para contarse, en pocas líneas, que se había equivocado. ❧

